

EL PEQUEÑO MAMUT

porque ganó un Nobel de Medicina y porque escribe libros útiles sobre cosas tales como el espíritu, la cultura y la libertad, dijo no hace mucho que tampoco hay obstáculos éticos graves para el "cloning": los individuos así creados serían como hermanos univitelinos del progenitor, por llamarlo de algún modo. El caso es que, pasado el furor de la prensa amarilla, hace años que nadie habla del "cloning" humano. Pero el asunto está ahí y cualquiera sabe qué desastrosos estamos dispuestos a hacer para entretenernos antes de morir. El libro "A su imagen", del divulgador David Rorvick, hizo polvo la historia con sus sandeces americanizantes, pero la cosa, privada de sus escándalos, es seria.

Y, sin embargo, ¿por qué no utilizar ese procedimiento con "Dima"? Los americanos tienen bastante experiencia al respecto y, sin duda, han conseguido "seres vivos" completos: bacterias y organismos unicelulares. Es muy posible que un organismo tan complejo como el del mamut sea otra cosa, pero puede intentarse el procedimiento ideado por Mikhelson, que, en cualquier caso, no nos va a proporcionar un mamut genuino, sino un híbrido, sin duda formidable, pero no exactamente igual que sus viejos antepasados.

La clonificación, que, además, se da en la Naturaleza —los protozoos, por ejemplo, se reproducen así—, es una génesis asexual. Una sola célula contiene toda la información necesaria para "construir" un organismo completo. Asimov, que tiende a la facilidad, dice que una célula equivale a un microfilm en el que estuviera escrita la Biblia: basta con ampliarlo. De manera que si se sustituye el núcleo de un óvulo por la célula original, crece y nace la criatura sin padre propiamente dicho. Pero la verdad es que nace de madre, quiero decir, que hereda algunas características del óvulo, incluso aunque éste sea "enucleado" con rayos X, como quieren hacer con la mamá de "Dima".

Y olvidense ustedes del ejemplo del hombre de Neanderthal, que pone los pelos de punta. No se han encontrado células vivas de aquellas gentes, ni parece fácil, al menos en teoría, que una señora se prestase a tener en la tripa una cosa así. ■

OTRA VEZ LA HISTORIA DE LA CIENCIA

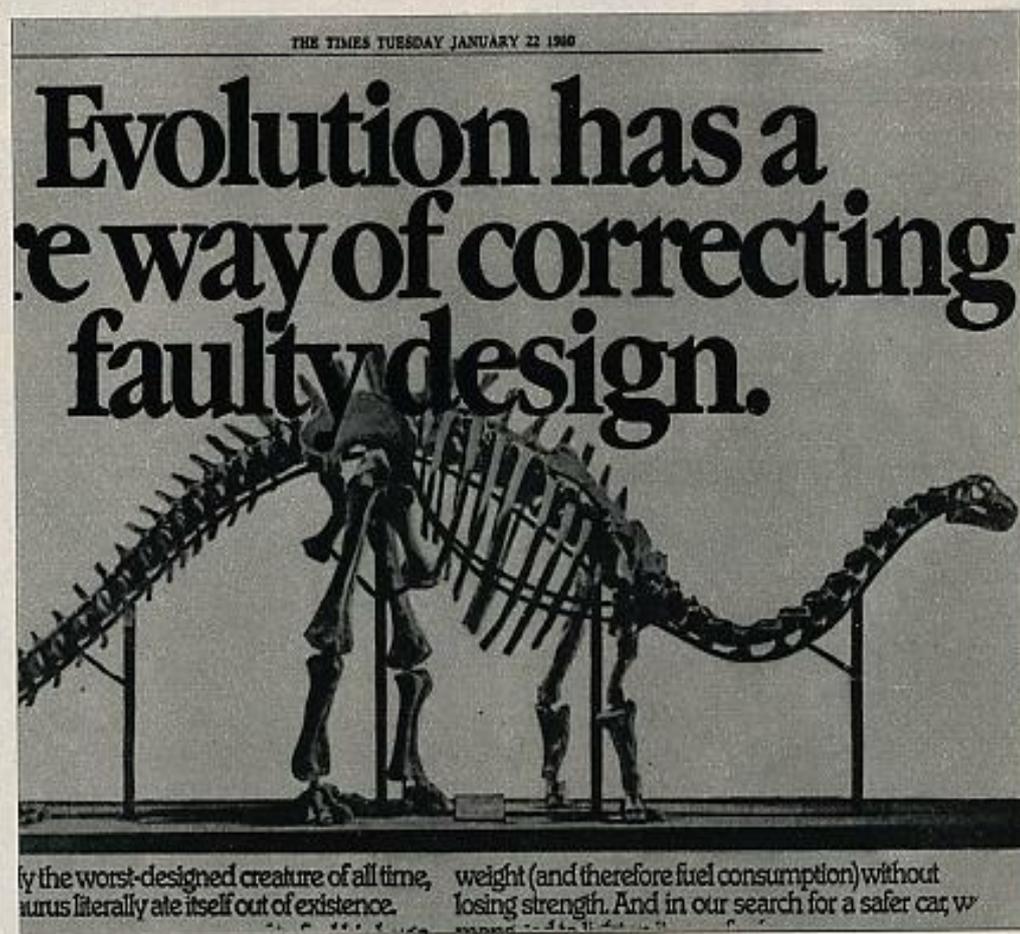
**E**n el número anterior de TRIUNFO dediqué una nota a la historia de la ciencia. Otra vez me veo obligado a usurpar un espacio a los revisores de libros, porque recibo un título nuevo que está relacionado directamente con el tema: "Historia y sociología de la ciencia", de Pedro González Blasco, José María López Piñero y José Jiménez Blanco (1). López Piñero, valenciano, médico e historiador, ha escrito la parte histórica del libro, que se dedica a estudiar el papel social del científico en la España renacentista, los problemas de la sociedad española y la revolución científica y la marginación de España respecto a la ciencia contemporánea. Los otros dos autores, sociólogos, contribuyen con un estudio comparado de la producción científica española de 1865 a

1970, otro sobre las actividades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de 1940 a 1955 y un tercero, eficazmente informativo, sobre la organización científica en España.

Aunque los datos y argumentos de López Piñero son ya conocidos gracias al enorme trabajo publicado por este profesor valenciano —también discípulo de Lain—, no estoy seguro de que hayan sido asumidos por quienes teóricamente son nuestros educadores. España —dice y prueba— no participó en las primeras manifestaciones maduras de la ciencia moderna, que tuvieron lugar desde los últimos tramos del siglo XVI en adelante. Ese es el momento en que los magos son forzados a retirarse para dar paso a otros hombres y otras ideas: Kepler, Galileo, Boyle, Harvey, Descartes... Toda la tradición es-

pañola anterior, rica y original, parece desembocar en una parálisis ocdélica. Mientras Sydenham sienta las bases de la Medicina clínica, por ejemplo, aquí se aferran la práctica y el pensamiento a los dogmas galénicos. Todavía a principios del siglo XVII, el cuerpo científico español respira bravamente. Se traduce y se piensa. Pero ya empieza a manifestarse la ruptura con el mundo, y, pocos años después, los españoles capaces se han convertido en un puñado de héroes solitarios. Nadie ha puesto su nombre a ninguna calle: Caramuel, Zaragoza, Dormer, Felu de la Peña, Juanini, Tosca, Corachán, Juan de Cabriada... Desde entonces, todos los españoles independientes de espíritu y cuidadosos con la realidad han sido lo que fueron aquéllos: "novatores", modernistas heterodoxos a

Por el honor del brontosau



los que la sociedad ponía a buen recaudo para no trastornar la armonía del error y la superstición. Cuando uno descubre que muchos de aquellos solitarios eran conversos o —lo que todavía era peor— retoños de estirpes moriscas, una tiritona irremediable ante las juguetas del destino deja al lector turulato.

La parte sociológica del libro se entiende como una consecuencia. He aquí que disponemos de un fastuoso y complicado "organigrama" administrativo, repleto de nombres sonoros y reiterativos, de flechas, guiones, llaves y paréntesis que vinculan a unos entes jurídicos con otros. El aparato recuerda a esas formidables artilugios que inventan los irónicos caricaturistas de nuestros días: máquinas perfectas que no llevan a cabo tarea alguna, pero que se mueven. Fábricas de agujeros para regaderas. ¿Qué nos faltará, Dios bendito? ■

(1) Alianza Editorial, Madrid, 1979.



Proyecto de pesadilla para Skinner.

## En torno a Skinner

**O**TRO lector me escribe y me acusa de "locuacidad metafísica", que es una buena expresión. Se trata de Antonio Muñoz Ortega (1), al que han molestado mis ligeras alusiones a Skinner en el artículo "Viaje a los dos hemisferios" (TRIUNFO, 5 enero 1980). Al señor Muñoz le parece bien lo que dije de Lorenz, Von Frisch y Tinbergen, porque "las teorías etológicas refuerzan las doctrinas reaccionarias y derechistas". Pero no le parece bien que mencione a B. F. Skinner en ese contexto, porque, según él "el análisis funcional de la conducta es susceptible de enfoques progresistas".

Skinner ha sido uno de los más ilustres representantes de la psicología norteamericana y puede ser que lo siga siendo. Yo le vi personalmente en Londres, hace años, presentando su libro de título más tenebroso, "Más allá de la libertad y la dignidad", que, por supuesto, se tradujo al castellano. He leído ese libro y otro, "Walden Dos", en el que se retuercen los apasionados argumentos del pobre Thoreau para ofrecer al lector una gélida utopía estupendamente conducida por el ingeniero. Respecto a otras utopías como las de Huxley o George Orwell, la diferencia está en que, para Skinner, ese conductor máximo es el bueno.

Reducida la psicología conductista a mi humilde nivel de locuaz metafísico, podrían mencionarse tres escuelas, en verdad más viejas que los Estados Unidos. Una, la de aquel virrey Lemos, de Nápoles, que recurría a sus tres "f" para mantener tranquilo el circo: Forca, farina, fes-

te. Otra, la representada por los domadores: el palo para la mala conducta y la zanahoria para la buena. La tercera es skinneriana: el estímulo positivo o, dicho en nuestra jerga, "si eres bueno, serás premiado". En las tres escuelas, siempre es el conductor quien decide lo que es bueno y lo que es malo. Yo no decía en broma que Skinner fuese inventor de protoscos instrumentos conductistas; lo decía en serio. Ha inventado un aparatito para acunar bebés, algunos laberintos para ratas y un formidable sistema para domesticar palomas. Tiene un ejemplar instinto de domesticador y, como esta sociedad no funciona como le gustaría a Skinner (protagonista de portadas del "Time"), se dedica a dar consejos a pedagogos y a políticos para que nos domestiquen sin que nos moleste mucho. No es que este caballero no sea progresista; es que es el alcaloide de la reacción, cualesquiera que sean los enfoques que puedan darse al "análisis funcional de la conducta". Noam Chomsky, otro "metafísico locuaz", rebatió en una ocasión las doctrinas de Skinner y sus epígonos en un texto que, sin duda, pondría furioso a mi amable correspondiente espontáneo. Aquí mismo, en las páginas de TRIUNFO, otros colaboradores dedicaron a Skinner artículos escritos, no en nombre de esa "dignidad humana" que al señor Muñoz le parece tan vaga, sino en nombre de la defensa propia para sobrevivir cometiendo errores.

En todo aquel artículo mío, necesariamente breve, se mencionaban muchas cosas relaciona-



B. F. Skinner.

das en su base filosófica. Neurofisiólogos, neurocirujanos y pedagogos, además de psicólogos, y cada uno desde su propia disciplina, parecen haberse dedicado a juzgar la conducta colectiva e individual, a condenarla y a corregirla, unos con el escalpelo, otros con la palabra y otros con la electrónica. Se me olvidó mencionar a los psiquiatras. Todos ellos tienen en común una cosa: la voluntad de conseguir que la multitud y los individuos (ellos dirían, tal vez, la "turba" y los "locos"), adecuen su conducta a las normas que establece el grupo social dominante. A mí, qué le vamos a hacer, me molesta. ■

(1) Ver carta en la sección "Lectores", página 11.